

Los usos del pasado en la corte virreinal de Nápoles (1666-1672)

Diana Carrió-Invernizzi*

RESUM

Aquest article tracta dels usos polítics de la història en la cort virregnal de Pedro Antonio de Aragón (1666-1672) a Nàpols. S'hi presenten tres qüestions principals: el projecte de reforçar el govern de Marianna d'Àustria des del regne i la reconstrucció de la història recent del virregnat; la recuperació de la memòria d'Alfons el Magnànim per mitjans polítics; i l'edificació d'una memòria de nissaga familiar. La decisió papal d'enviar un governador a Nàpols el 1666 i la invasió francesa del Brabant el 1667 van esperonar els virreis a reflexionar sobre l'escriptura de la història des de noves maneres.

Palauetes clau: Història cultural, cort, virregnat de Nàpols, escriptura de la història, Pedro Antonio de Aragón, segle XVII.

ABSTRACT

This article deals with the political uses of historical writing at the viceregal court of Pedro Antonio de Aragón (1666-1672) in Naples. There are three main issues: the project of reinforcing the government of Mariana de Austria from the reign of Naples and the reconstruction of the recent history of the viceroyalty; the recovery of the memory of king Alfonso of Aragón by political means; and thirdly, the building of a family memory. The Papal decision of sending a governor to rule

* La redacció de este artículo se enmarca en la actividad desarrollada por el grupo de investigación *Poder y Representaciones en la Época Moderna*, que integra dos proyectos I+D, financiados por el Ministerio de Educación y Ciencia y por la Generalitat de Catalunya: "Representación del pasado y declive de la Monarquía hispánica en el siglo XVII: construcción de las memorias y utilización política de las imágenes" (HUM05-06737) y "Historia i política a l'Època Barroca (1580-1684) en l'àmbit mediterrani" (2005SGR00281).

Naples in 1666 or the French invasion of Brabant in 1667 were important incentives for the viceroys to start reflecting on History in a new way.

Keywords: Cultural History, Court Studies, Viceroyalty of Naples, Historical writing, Pedro Antonio de Aragón, Seventeenth Century.

Hay tiempos necesitados de evocar la Historia. Hay lugares donde se dan buenas condiciones para su escritura. Y hay personas, con un pasado concreto, más predispuestas, también, a apelar a la Historia. Un periodo, una corte y un virrey, Pedro Antonio de Aragón (1611-1690), reunieron estas condiciones (figura 1). Pertenecía a la casa ducal de Cardona, y le tocó ocupar el cargo de virrey de Nápoles entre 1666 y 1672,¹ en el inicio de la regencia de Mariana de Austria. Desde la paz de Westfalia (1648) y el tratado de los Pirineos (1659), España fue perdiendo paulatinamente su peso militar en Europa, en beneficio de Francia. La guerra en Portugal desde 1640 implicó un esfuerzo militar extraordinario que impidió a la reina gobernadora proteger debidamente otras fronteras de la monarquía. Pronto Francia aprovechó la coyuntura para invadir, en 1667, el Flandes español, desencadenando la guerra de Devolución. Sin embargo, recientes estudios, siguiendo el camino trazado por Miguel Ángel Ochoa Brun, han venido a confirmar la capacidad política que la monarquía de Mariana de Austria logró conservar en Europa, gracias a unas eficaces redes diplomáticas.² Y gracias también a que los gobernantes españoles en territorios aún conservados en Europa, como el reino de Nápoles, despertaron de su letargo e hicieron un

1. Véase Carlos José HERNANDO, "Aspectos de la política cultural del virrey Pedro Antonio de Aragón", en L. de Rosa y L. M. Enciso, eds., *Spagna e Mezzogiorno d'Italia nell'età della transizione*, Nápoles, 1997, pp. 357-416. Véase también sobre el virreinato de Pedro Antonio de Aragón, Diana CARRÍO-IVERNIZZI, *El gobierno de las imágenes. Ceremonial y mecenazgo en la Italia española de la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, 2008. Sobre el virreinato napolitano, Giuseppe GALASSO, *Mezzogiorno spagnolo e austriaco, (1622-1734)*, vol. XV, tomo 3 de la *Storia del Regno di Napoli*, dirigida por Giuseppe Galasso, Turín, 2006.

2. Miguel Ángel OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, Madrid, 1990-2006, 7 vols.; David SALINAS, *La diplomacia española en las relaciones con Holanda durante el reinado de Carlo II (1665-1700)*, Madrid, 1990; Manuel HERRERO, *Las Provincias Unidas y la Monarquía hispánica, (1588-1702)*, Madrid, 1999.



Figura 1. Hospital San Genaro.

buen uso de su actividad cultural con fines propagandísticos. En esta coyuntura, ¿cómo entendió un virrey la necesidad de narrar la historia del pasado, el más lejano y el más reciente? ¿Cómo se convirtió la historia en un espejo para ayudar a reforzar las decisiones políticas?

La conciencia de estar viviendo tiempos de decadencia para la monarquía afectó sin duda al terreno de la escritura histórica en la corte virreinal de Nápoles. Las revoluciones de los años cuarenta sumieron a los gobernantes españoles en una profunda reflexión sobre la idea del buen príncipe. Llegaron a aceptar que se encontraban en la antesala de la declinación de toda una monarquía. Uno de los libros de la biblioteca de Pedro Antonio de Aragón, *La Conquista de la China por el Tártaro*, de 1670, trazaba un paralelismo entre España y China. Las revoluciones que sufrió el imperio chino en 1640 permitieron, según su autor, la expansión de los tártaros, de la misma manera que España, tras los levantamientos de los cuarenta, estaba abocada a su decadencia.³ La crisis de conciencia había crecido tras la caída del Conde-Duque y con la llegada de la regencia de Mariana de Austria, como demuestra la literatura política de la época, y también afectó a los virreyes de Nápoles.

En 1658 el VII duque de Montalto había expresado sobre el cargo del virrey de Nápoles: "Muchos años ha que aquel Reino es el Orán de los grandes hombres".⁴ El gobierno de Nápoles había dejado de ser el puesto ambicionado que había sido en el pasado. Pero al mismo tiempo los virreyes empezaron a pensar en cuál sería la mejor manera de responder a tal coyuntura, para estabilizar su autoridad en el Reino. Los primeros cambios se dejaron ver a finales de la década de 1640. El segundo virrey después de la revolución de Masaniello (1647-48), tras el gobierno de don Juan José de Austria, Iñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate,⁵ acompañó sus medidas fiscales y políticas con innovaciones en el terreno ceremonial y festivo, porque entendió que éstas iban a ayudar a completar su reforma política. Dignificó el ritual del *ponte di mare*, la toma de posesión del cargo con la llegada en barco del virrey y su desembarco a través de un puente hacia el muelle. Constituyó un aviso de

3. Jesús DOMÍNGUEZ BORDONA, "La Biblioteca de Pedro Antonio de Aragón", *Boletín Arqueológico* (Tarragona), 48, cap. IV, fasc. 2, (abril-junio 1948), pp. 37-53; del mismo, "La Biblioteca de Pedro Antonio de Aragón. Addenda: Libros conservados en Poblet", *Boletín Arqueológico*, 50, fasc. 30, (abril-junio 1950), pp. 66-86.

4. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado (E), libro 104, citado en Fernando BOUZA, "Servir de lejos. Imágenes de Europa en el *cursum honorum* cortesano de la España de los Austrias", en *Europa: Proyecciones y percepciones históricas*, Salamanca, 1997, pp. 83-84.

5. Ana MINGUITO, "Linaje, poder y cultura: el gobierno de Iñigo Vélez de Guevara, VIII Conde de Oñate en Nápoles (1648-1653)", tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

que en el virreinato de Nápoles, de una forma creciente, se iban a complementar los tradicionales instrumentos del ejercicio del poder con la exploración de estrategias simbólicas, protocolarias y de imagen que pasaban, necesariamente también y como se verá, por promover la reflexión histórica.

Tres son las cuestiones de las que me ocuparé a lo largo de estas páginas. En primer lugar, de la campaña de reconstrucción de la historia reciente del virreinato napolitano y del proyecto de reforzar, desde el reino de Nápoles, la regencia de Mariana de Austria. En segundo lugar, de la recuperación de la memoria de Alfonso V el Magnánimo para fortalecer la regencia y legitimar el poder español en Nápoles. En tercer y último lugar, de la fabricación de una memoria familiar del virrey Pedro Antonio de Aragón.

La recuperación de la historia reciente y el fortalecimiento de la regencia de Mariana de Austria

Los reveses sufridos por la monarquía desde los años cuarenta, pero sobre todo el levantamiento popular de 1647, animaron a los virreyes a reconstruir y defender su historia más reciente al frente del gobierno de Nápoles, y a tomar una mayor conciencia de su pertenencia a la institución virreinal. No sólo en Nápoles se vivió un proceso como éste: los embajadores españoles en La Haya que se sucedieron en la segunda mitad del siglo desarrollaron también una conciencia de colectivo mucho mayor que la que había tenido nuestra diplomacia en otras cortes europeas. Pudieron así llevar a cabo con éxito su actividad, con mayor coordinación y eficacia, como ha estudiado David Salinas.⁶

El palacio real de Nápoles, construido por Domenico Fontana en 1600, por encargo del VII conde de Lemos, se convirtió en un lugar privilegiado para la narración histórica en imágenes a lo largo de todo el siglo XVII, con apelaciones a los reyes aragoneses y a la legitimidad de los

6. SALINAS, *Diplomacia española*.

Austrias como herederos de su legado en Nápoles.⁷ Pero a partir de la segunda mitad del siglo, los virreyes incorporaron una novedad en la decoración del palacio. Se hizo más presente la historia reciente y se pasó de la justificación de la presencia española en Italia y las apelaciones monárquicas a una mayor valoración de la contribución de los virreyes como gobernantes y administradores de este reino. El virrey conde de Oñate encargó la decoración de una sala del palacio con los retratos de todos los virreyes que le habían precedido. Era un hecho inédito en Nápoles, aunque no en Milán, donde ya existía una serie pictórica de los gobernadores del estado desde finales del siglo XVI.⁸ Constituyó un ejemplo más de la voluntad de cohesionar al cuerpo institucional virreinal en Nápoles. Y sólo fue el principio.

Quince años después, Pedro Antonio de Aragón también sintió la necesidad de preservar la historia de los virreyes que le antecedieron en el cargo. No protagonizó ningún episodio de destrucción de la obra de sus predecesores en el palacio real para ensalzar su propia persona, como sí había ocurrido, por ejemplo, durante el virreinato del duque de Alba, entre 1622 y 1629, o con otros virreyes personalistas de la primera mitad del siglo XVII que no se identificaban con la institución. En 1666, en cambio, imperaba reconstruir la frágil historia reciente. Por ello, Pedro Antonio dialogó con las obras que sus predecesores habían emprendido en el palacio real: en la escalera de honor, un proyecto inicial de Oñate; en la capilla real, una obra iniciada por el virrey Ramiro Núñez de Guzmán, duque Medina de las Torres entre 1636 y 1644; o en las estancias privadas reformadas por Alba en los años veinte. El signo distintivo de la intervención de Pedro Antonio no fue, como había sido siempre, la apelación a las glorias de su casa. En ese sentido, la sala de Alfonso el Magnánimo le bastaba para venerar a su linaje, al igual que la sala del Gran Capitán le servía a su mujer, Ana Fernández de Córdoba, duquesa viuda de Feria, para rendir debido homenaje a su familia.

7. Joan Lluís PALOS, "Un escenario italiano para los gobernantes españoles: el nuevo palacio de los virreyes de Nápoles, 1599-1653", *Cuadernos de Historia Moderna*, 30 (2005), pp. 125-150.

8. Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, *Milán y el legado de Felipe II. Gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Madrid, 2001, véase la introducción.

Los ataques en materia de política exterior que sufrió Mariana de Austria durante su regencia no sólo vinieron de la Francia de Luis XIV. La regencia no pudo evitar tampoco el abandono paulatino del Imperio de la tradicional amistad con la otra rama de los Habsburgo en Europa. Eran las dos potencias que aspiraban, un día no muy lejano, a heredar todo el patrimonio de la monarquía hispánica. Estos dos frentes, las relaciones España-Francia y España-Imperio, han sido los más atendidos por la historiografía sobre la regencia.⁹ Sin embargo hubo otro, no menos importante, con el que Mariana de Austria tuvo que entenderse: la Santa Sede, que había visto cómo desde la paz de Westfalia iba quedando relegada al segundo plano de una política internacional cada vez más regida por intereses no confesionales y por un mayor sentido del pragmatismo. También la monarquía hispánica, tradicional aliada de los intereses del Papa, había contribuido a acelerar este proceso de aislamiento desde los últimos años del reinado de Felipe IV. Durante la regencia, el papado, como habían hecho Inglaterra o Francia, se ofreció a Mariana de Austria como mediador ante el conflicto con Portugal, sin lograrlo. También la monarquía estaba dando la espalda a la Santa Sede, algo de lo que ésta ya se había percatado antes incluso del inicio de la regencia.

Los principales retos con los que se enfrentaba la regencia eran los siguientes: la conservación de la paz para procurar una transición tranquila a la mayoría de edad de Carlos II (cuando éste cumpliera los catorce años), a quien Mariana debía entregar la monarquía sin la desmembración de ninguno de sus territorios, algo que se veía difícil con Portugal; apuntalamiento del prestigio de la figura regia para asegurar la fidelidad de los súbditos y aminorar el faccionalismo cortesano. Las desavenencias internas y externas le costaron muy caras a Mariana de Austria, cuya regencia fue vista desde el principio como negativa para los intereses españoles. Crecieron los celos y las críticas en torno a la figura de Mariana, más ácidas entre la vieja nobleza que había sido apartada de la Junta de Gobierno por decisión testamentaria de Felipe IV. Por ello, desde muy pronto, Mariana de Austria tuvo que responder a una propaganda denigratoria de su figura, sirviéndose para ello de los pintores de corte, como Martínez del Mazo, en 1666, o Carreño de Miranda, en 1674, quienes mostraron

9. Para una valoración historiográfica, véase Laura OLIVÁN, *Mariana de Austria. Imagen, poder y diplomacia de una reina cortesana*, Madrid, 2006.

con sus retratos a una reina burócrata que no desatendía sus funciones como gobernante durante la minoría de edad de su hijo.¹⁰

Mariana se aplicó a resolver los problemas internos de la monarquía en la corte. De apaciguar los problemas externos se encargarían diplomáticos y gobernantes como Pedro Antonio de Aragón. La necesidad de reforzar la imagen política de la regencia de Mariana de Austria estaba también plenamente justificada en Nápoles, durante el virreinato de Pedro Antonio de Aragón. A su llegada a esta ciudad tuvo que afrontar el llamado conflicto del proceso de investidura de Carlos II como nuevo rey de Nápoles. Con el fallecimiento del monarca español, su sucesor debía pedir al Papa su investidura como nuevo rey de Nápoles, por ser éste un feudo del Estado de la Iglesia. Tras la muerte de Felipe IV, el Papa Alejandro VII Chigi decidió, esta vez, condicionar la investidura a la aceptación de Mariana de Austria del envío a Nápoles de un gobernador papal que llevara las riendas del Reino durante la minoría de edad de Carlos II. Esta decisión llevaba implícita la consideración de la nueva reina como incapaz de tutelar los derechos de su hijo en el reino. Tras la negativa de Mariana de Austria a la inédita decisión papal, Pedro Antonio envió a la regente memoriales que contestaban las tesis papales, como el del fiscal del Consejo de Italia, Félix Ulloa, o el del duque de Diano,¹¹ y preparó su respuesta al pontífice: la publicación de textos de Marcello Marciano.

A la gravedad de esta reivindicación papal de 1666 se sumaron pronto otros problemas internacionales para la regencia de Mariana de Austria: la entrada de Luis XIV en el Brabante en 1667. Pedro Antonio, también en esta ocasión, impulsó la publicación de escritos jurídicos en defensa de los derechos españoles, textos alabados fuera de Nápoles, y que justificaron posteriormente la Guerra de Devolución. Pedro Antonio de Aragón resaltó lo inédito de la invasión francesa y apeló a la historia como fuente de legitimación frente al conflicto bélico. No sólo acudió a los juristas para que elaboraran estas argumentaciones para la reina gobernadora. Pedro Antonio de Aragón también pudo ser el responsable de encargar un programa pictórico en la sala de los embajadores del pala-

10. Alfonso RODRÍGUEZ GARCÍA DE CEBALLOS, "Retrato de estado y propaganda política: Carlos II (en el tercer centenario de su muerte)", *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* (UAM), 12 (2001), pp. 93-110.

11. AHN, E, 2011, 1/29, Memorial de Carlos Calà, duque de Diano: *Exempcion del Reyno de Nápoles del Baliato y Censo que pretende la Santa Sede Apostólica*.

cio real de Nápoles, que tenía como protagonista a Mariana de Austria. Pretendía recordar la legitimidad de Mariana y de sus representantes los virreyes al frente del reino, después del conflicto por la investidura de Carlos II, abierto por el Papa Chigi.

Existen muchas dudas sobre el comitente de estas pinturas y no se conoce la fecha del encargo.¹² Estos frescos narran el viaje de Mariana de Viena a Madrid en 1649, ocurrido mientras gobernaba el virreinato de Nápoles el conde de Oñate, quien sin embargo nunca reivindicó este proyecto como propio. La hipótesis que señala a Pedro Antonio como el responsable de encargar las pinturas se sustenta en dos indicios: el virrey encargó la ampliación de su apartamento privado en el palacio real, colindante con la sala de embajadores. La segunda antecámara del virrey (actual Sala del Trono) se convirtió en un espacio en forma de L al incorporar un cuerpo extraño en su parte meridional, resultado de alargar el apartamento privado hacia el norte. Quizá con el fin de corregir tal desequilibrio, el virrey ordenó hacer lo mismo desde la galería (sala de embajadores). El cronista napolitano Innocenzo Fuidoro confirma que fue Pedro Antonio de Aragón el responsable de tal ampliación para dar cabida a su colección de esculturas: "ch'erano poste nella nuova galleria da lui fatta nel regio Palazzo".¹³ La sala de embajadores, en la época llamada galería, ganó entonces un nuevo fragmento de cubierta que era necesario decorar con pinturas. El resto de la sala escenificaba las victorias militares de Fernando el Católico. ¿Cómo podía decorar ahora el virrey el nuevo paño de la cubierta?

Al decidir impulsar un programa pictórico sobre Mariana de Austria en esta sala de representación, Pedro Antonio habría pretendido reforzar, desde Europa, la débil imagen de la regencia de la madre de Carlos II. Narrando el viaje de Mariana de Austria apelaba a unos hechos ocurridos veinte años atrás, pero el hilo de la historia reciente española era muy frágil y había que

12. Joan Lluís PALOS, "Imagen recortada sobre fondo de púrpura y negro. La reina Mariana de Austria y el virrey de Nápoles", en J.Ll. Palos y D. Carrió-Invernizzi, dirs., *La historia imaginada. Construcciones visuales del pasado en la Edad Moderna*, Madrid, 2008, pp. 121-150.

13. "Questa sera, l'ultimo d'ottobre, il vicerè ha spedito 4 vascelli per Spagna e vi ha mandato buona parte delli suoi suppelletili, ed anco molte bellissime statue di marmo di gran conto, ch'erano poste nella nuova galleria da lui fatta nel regio palazzo, da lui comprate in Napoli": Innocenzo FUIDORO, *Giornali di Napoli dal 1660 al 1680*, Nápoles, 1934-1943 (4 vols), vol. II, (1666 al 1671), 1938, p. 96.

evitar que se rompiera. Además, debemos tener en cuenta que la regencia de Mariana de Austria no había dejado a la familia de Pedro Antonio al margen del gobierno de la monarquía, a diferencia de lo que había sucedido con otros Grandes de la época, y ello podía ser un motivo de mayor identificación del virrey con la reina gobernadora. Mientras Pedro Antonio se hallaba en Nápoles, su hermano Pascual de Aragón (1626-1677) había sido nombrado Arzobispo de Toledo y, como tal, miembro de la Junta de Gobierno que debía asistir a la regencia de Mariana durante la minoría de edad de Carlos II. Con todo, no podemos olvidar que el conflicto por el proceso de investidura no fue percibido en Nápoles sólo como un ataque a la regencia de Mariana, sino también a la autoridad virreinal, pues el emisario apostólico que pretendía enviar el Papa iba a gobernar el reino en sustitución del virrey. También en este aspecto Pedro Antonio de Aragón se mostró eficiente, con una iniciativa inédita: la decoración de un espacio público, la fachada del hospital de San Pedro y San Genaro, con su propio busto, debajo del retrato de Carlos II niño. Pedro Antonio habría mostrado a Mariana de Austria en el palacio como tutora de los derechos de su hijo y a sí mismo como su valedor (figura 2).

Este afán de Pedro Antonio de Aragón por reconstruir la historia reciente del gobierno de Nápoles no sólo se manifestó en las paredes de su residencia. Durante todo su virreinato solicitó en múltiples ocasiones a sus secretarios que acudieran a los archivos de la los tribunales de la Vicaría y de la Sumaría para recabar información puntual sobre alguna actividad del gobierno de sus predecesores, preocupado, en la mayoría de los casos, por no excederse en determinados gastos. Para solucionar la incomodidad que suponía la dispersión de los archivos, en octubre de 1666, encargó a varios arquitectos e ingenieros del reino, entre ellos a Bonaventura Presti, un estudio para reorganizar los principales archivos de Nápoles. Pensó en centralizarlos en unas habitaciones nuevamente habilitadas para ello en el Castelnuovo, un edificio heredado de los monarcas aragoneses, junto al palacio real. Este proyecto archivístico a gran escala, diseñado prácticamente al inicio de su gobierno, nos permite entender la dimensión que cobró la voluntad de este virrey de conservar y utilizar la historia reciente del gobierno de Nápoles.¹⁴

14. British Library, Londres, ms. Add. 20924, f. 237, traducción castellana coetánea del proyecto de Bonaventura Presti, redactado en italiano, para la reorganización de los archivos de Nápoles (papeles de la Vicaría y la Sumaría) y para la habilitación de unas estancias de Castelnuovo para tal efecto, octubre de 1666.



Figura 2. Pedro Antonio de Aragón

La identificación del virrey con Alfonso el Magnánimo

Pedro Antonio de Aragón descendía de Alfonso el Magnánimo, el rey que conquistó Nápoles en 1442 y levantó una corte culta y fastuosa, y que dejó una profunda huella entre los napolitanos. Alfonso se convirtió rápidamente en su modelo de príncipe. A sólo un año de la llegada de Pedro Antonio de Aragón al virreinato, en 1667, el napolitano Niccolo Caputo publicó el libro *Desdendenza della Real Casa d'Aragona nel Regno di Napoli, della Stirpe del Sereniss Re Alfonso I* en el que, junto a la historia de la descendencia de Alfonso el Magnánimo en el reino de Nápoles, incluyó un extenso elogio al virrey Pedro Antonio de Aragón.¹⁵ En 1668, el juez de la Vicaria, Carlo Petra, dio un paso adelante, publicando su *Paraenesis*, obra de cien capítulos, en la que trazaba un parangón entre el gobierno de Pedro Antonio de Aragón y el de Alfonso V. En 1669, Pedro Antonio emprendió dos proyectos de estatuas reales en Nápoles, una de Alfonso el Magnánimo y otra de Carlos II. También reformó la estatua de Alfonso de Aragón de la fuente de la calle de Mezzocannone. La conocida como la fuente *di Mezzocannone*, y la remodelación de la estatua del rey fue criticada por Carlo Celano: "questa sì bella antichità últimamente è stata rovinata dalla nuova fabbrica che vi è stata fatta".¹⁶ Pedro Antonio, paralelamente, encargó a Donato Antonio Cafaro otra fuente con la estatua de Carlos II en Monteoliveto. El proyecto original de Cafaro previó una estatua ecuestre del rey, pero la idea fue al final desestimada en el proyecto definitivo de Cosimo Fanzago. La obra fue terminada en 1673 por Francesco d'Angelo, con la supervisión de Fanzago, un año después de la marcha de Pedro Antonio a España, pero no fue colocada en su sitio hasta 1676.

15. Impreso en Nápoles en 1667. El volumen de la biblioteca de Pedro Antonio de Aragón se encuentra en la Biblioteca Font de Rubinat de Reus, según Eduardo Toda en su *Biblioteca española de Italia*, Barcelona, 1927-31.

16. Carlo CELANO, *Notizie del bello, dell'antico e del curioso della città di Napoli*, ed. Giovanni Battista Chiarini, Nápoles, 1859, vol. IV, pp. 101-102. "L'acqua scorre tra l'altro da una specie di bocca d'un cannone sotto una rozza statua di stucco di Alfonso II, la quale è talmente sconcia, tozza e goffa, che ha dato argomento al volgo di chiamar Re di mezzocannone ognuno che fosse di statura men che mezzana, panciuto, rabbuffato e si desse aria di gravità. In un marmo sotto la Regia statua si legge: *Alfonsus Ferdinandi · Regis · Filius · Aragonensis Dux · Calabriae · Ex · lussu · patris · Faciendum · Curavit*".

Los virreyes nunca habían dejado de alimentar el mito de Alfonso el Magnánimo. Su memoria había servido siempre para legitimar el gobierno de los Austrias en el reino. El V duque de Alba había encargado a Belisario Corenzio los frescos de la *sala tercera* del palacio real de Nápoles con cinco escenas dedicadas a él. Lejos del contenido bélico de los frescos de Battistello Caracciolo en la sala del Gran Capitán,¹⁷ estas pinturas mostraban a un monarca amante de las artes ante el que se inclinaba el propio Papa. Alfonso el Magnánimo y el Gran Capitán representaban las dos figuras fundadoras y legitimadoras de la dominación española en el reino y las dos dimensiones del buen gobernante: el soldado y el mecenas de las artes. Pero en el contexto de la llegada de Pascual de Aragón, hermano de Pedro Antonio, aumentó la conveniencia de identificarse con Alfonso. La nobleza se mostró ahora más deseosa de tener cerca a un virrey de sangre regia, después del trato poco considerado que había recibido de los anteriores virreyes. Antes de que Pascual de Aragón llegara a palacio, según Fuidoro, “già si sono gonfiati tutti li nobili di Napoli che un tempo ebbero il quarto nelle loro case delli bastardi delli re di questo regno aragonese”.¹⁸

Una de las acciones que podían acometer los virreyes para identificarse con Alfonso el Magnánimo era ocupar espacios asociados a su memoria. En abril de 1665, Pascual de Aragón acudió con toda su corte a una cacería en Astruni, convertida ya en época de Alfonso el Magnánimo en una reserva real de caza que conservaba en edad virreinal su simbología aragonesa, pese a la intervención de don Pedro de Toledo, que levantó las torres Centrale, Lupara y Nocera. En otra ocasión, Pascual alabó en público el arsenal regio de Nápoles, construido también en tiempos de Alfonso el Magnánimo, “opera di aragonesi, re di questo Regno, quale da Sua Eminenza si fa risarcire”.¹⁹ Además, en enero de 1665, Pascual se trasladó allí para comprobar personalmente cómo se estaban fabricando tres nuevas galeras. El hecho fue singular, pues así lo recogieron cronistas como Fuidoro. El día de San Juan, 24 de junio de 1665, día del electo del pueblo, Pascual volvió a acudir al lugar vestido a la

17. Joan Lluís PALOS y Laura PALUMBO, “La Sala del Gran Capitán en el Palacio Real de Nápoles y los orígenes del dominio español en Italia”, en J.L. Colomer, dir., *Nápoles y España*, Madrid, en prensa.

18. Innocenzo FUIDORO, *Giornali di Napoli dal 1660 al 1680*, Nápoles, 1934-1943, (4 vols), vol. I, ed. F. Schlizer (1660 al 1665), 1934, p. 75.

19. FUIDORO, *Giornali di Napoli*, vol. I, pp. 250, 281 y 283.

aragonesa, "con sottana e ferraiolo corto". El arsenal y el embarcadero o dársena fueron construidos en tiempos de Alfonso de Aragón. Don Pedro de Toledo había convertido el área del puerto en su centro de poder al elegirlo como sede de su palacio. En efecto, en el mismo flanco portuario mandó construir su residencia y la iglesia de Santiago de los españoles. Cien años después, el puerto naval se amplió bajo don Pedro Antonio de Aragón, que quiso evocar a todos estos grandes referentes para declararse su heredero, y demostrar el resurgimiento del poder en Nápoles bajo su virreinato.

Era tradición en Nápoles que el pueblo organizara para el virrey la fiesta de San Juan, la principal celebración anual en Nápoles junto a la procesión del *Corpus Domini* y la de San Genaro.²⁰ La antigua fiesta de *San Giovanni a mare*, ligada al ritual del bautismo en el mar, era protagonizada sobre todo por el *seggio del popolo*. Perdió importancia en el curso del siglo XVII porque la jerarquía eclesiástica llegó a considerarla superstitiosa y por su cercanía en el calendario litúrgico con la fiesta del *Corpus Domini*.²¹ Su celebración se hizo más regular desde el virreinato de Medina de las Torres. El relato de Fuidoro sobre el desarrollo de la fiesta en 1668 demuestra que los escenarios elegidos para la fiesta estaban directamente relacionados con el paso de Alfonso el Magnánimo por la ciudad: Santa María de Montserrat o San Pedro Mártir, iglesia esta última donde estuvo enterrado por un tiempo el rey aragonés.²²

En octubre de 1664, durante la celebración de la fiesta de la Virgen del Rosario, el virrey Pascual de Aragón visitó la sacristía de San Domenico que albergaba la tumba de Alfonso V. El monarca había muerto el 27 de junio de 1458 en Castel dell'Ovo. A la mañana siguiente, su hijo Fernando había recorrido las calles de la ciudad a caballo para proclamarse nuevo rey de Nápoles, mostrando el cetro real. El cuerpo de Alfonso pasó de Castel dell'Ovo a Castel Nuovo y de allí al monasterio de San Pedro Már-

20. Biblioteca Nazionale di Napoli (BNN), *Delle cose principali della città di Napoli circa il 1600*. Sobre la fiesta de San Juan, véase Giuseppe GALASSO, *L'altra Europa. Per un'antropologia storica del Mezzogiorno d'Italia*, Milán, 1982, pp. 139-141; y V. PETRARCA, "La festa di San Giovanni Battista a Napoli nella prima metà del Seicento", en *Le tentazioni e altri saggi di antropologia*, Roma, 1990, pp. 103-117.

21. Maria Antonietta VISCEGLIA, *Identità sociali. La nobiltà napoletana nella prima età moderna*, Milán, 1998, p. 175.

22. *Ibidem*.

tir, al lado de su hermano, por expreso deseo de Alfonso. Unos años más tarde pasó al corazón de la ciudad, a San Domenico Maggiore.

Como recuerda Vicente Prada en su *Palida mors. Sepulcros de la casa Real de Aragón*,²³ el regreso del cuerpo de Alfonso a Cataluña fue una antigua reivindicación catalana. Entre finales del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII, diversos virreyes de Cataluña reclamaron el cuerpo del monarca, entre ellos, el conde de Olivares (1595), el duque de Osuna (1617) y el duque de Alcalá (1630).²⁴

Alfonso había hecho en vida grandes donaciones para la edificación del monasterio de Poblet, panteón de los monarcas aragoneses. En 1452 dotó de mayor autonomía la comunidad de Poblet, y mandó la construcción de la capilla de San Jorge. La tradición de enterrar a reyes en este monasterio se interrumpió con Fernando de Aragón e Isabel la Católica, al elegir éstos Granada como lugar de sepultura. En 1493, Isabel había estado en Poblet, donde confirmó algunos de sus privilegios, y desde entonces el monasterio quedó reservado como panteón de la aristocracia aragonesa y catalana, como los duques de Villahermosa o la casa ducal de Cardona.

En 1490 el II duque de Segorbe, Enrique, sobrino de Alfonso el Magnánimo, trasladó a Poblet los cuerpos de su hijo y de su madre, Beatriz Pimentel, junto al del I duque de Segorbe, Enrique y hermano de Alfonso. En enero de 1550, el III duque de Segorbe, Alfonso de Aragón, llevó a Poblet a uno de sus hijos. Para toda la casa de Aragón, Poblet se convirtió desde entonces en lugar de peregrinaje. El linaje de los Segorbe reivindicó la devolución del cuerpo del monarca Alfonso el Magnánimo al panteón real de Poblet. Los últimos miembros de la Casa de Segorbe, Pascual y Pedro Antonio de Aragón, tampoco olvidaron esta vieja reivindicación.

23. Vicente PRADA, *Palida mors. Sepulcros de la Casa Real de Aragón*, 1678. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Provincial de Huesca, aunque se realizaron varias copias a lo largo del siglo XVII de las que hemos estudiado una, la conservada en la Biblioteca de Catalunya (BC), ms. 2858.

24. Joaquim MIRET I SANS, "La traslación de los restos de don Alfonso V al monasterio de Poblet", *Revista de la Asociación Artístico-arqueológica Barcelonesa*, 2, n. 9 (julio-agosto 1898), pp. 657-659 y 660; Javier VARELA, *La muerte del Rey. El ceremonial funerario de la monarquía española 1500-1885*, Madrid, 1990.

El 19 de marzo de 1667 Pedro Antonio mandó hacer en Barcelona una copia del testamento original de Alfonso el Magnánimo de 1458 con la finalidad de dar mayor eco a la última voluntad del monarca de enterrarse en Poblet. La reivindicación seguía viva en Barcelona, pero la extracción del cuerpo de Alfonso V necesitaba la autorización expresa de Roma. En 1666 se nombró al nuevo padre general de la orden dominica en Roma, que por ser español concedió con mayor rapidez el permiso solicitado por el virrey. Pedro Antonio recibió además la ayuda de Tommaso de Sarriá y de su confesor agustino Alfonso de Balmaceda Osorio, obispo de Cassano. El prior del convento de san Domenico, fray Giacinto Cialela, era naturalmente contrario a la partida del cuerpo del rey, de la misma manera que los napolitanos sentían muy cercana la figura del monarca y se oponían de manera frontal a su marcha. Para neutralizar esta oposición, Pedro Antonio de Aragón encargó a Michele Muscettola un escrito en defensa de la extracción y traslado del cuerpo de monarca. Este consejero escribió más tarde la crónica del último viaje del rey Alfonso: *De translatione regalis depositi cadaveri serenissimi regis Alphonsi de Aragonia primi huius regni*, publicada en Nápoles en 1667 y dedicada al virrey.

La iniciativa de Pedro Antonio encontró el apoyo de la reina Mariana de Austria y más tarde logró la autorización del Papa Clemente IX. Los dominicos tuvieron que acceder a la voluntad del virrey y firmar un documento de renuncia a la custodia del cuerpo de Alfonso. El arca se abrió en presencia de las personas más cercanas a Pedro Antonio,²⁵ el juez Niccola Pangraccio, el consejero Michele de Navarra, el decano del consejo real, Antonio Navarrete, y el consejero Esteban Carrillo. Carlo Celano estaba también presente y dejó este emocionado testimonio: “si fece calare l'arca alfonsina (...) stavano l'ossa d'un si gran Signore, et io havendo avuto nelle mani quel capo, non potei contenerme dalle lagrime, vedendo così quella testa, che fu stimata tanto savia, tanto valorosa, tanto pia”.²⁶ La apertura de tumbas en presencia de la corte era un rito común en el siglo XVII.²⁷

25. Archivio di Stato di Napoli (ASN), Notai (N), Notaio Agostino Ferraro, scheda 408, nº 16 (1667), fols. 474r-476v. El 8 de diciembre de 1667, entrega ante notario del cuerpo de Alfonso de Aragón a fray Alonso de Balmaceda y al Arzobispo de Taranto, a petición y en nombre de Pedro Antonio de Aragón, para llevarlo a Poblet y así cumplir con la voluntad de su testamento. Descripción del estado del cuerpo del monarca.

26. CELANO, *Notizie del bello* (véase n. 17), pp. 132-133.

27. Según André CHASTEL, *Le baroque et la mort*, París, 1978.

En invierno de 1667, Pedro Antonio de Aragón se había convertido ya en el guardián del corazón y cadáver del monarca depositado en el convento de San Domenico. La práctica de la extracción de los corazones reales era común en el siglo XV pero se hizo más frecuente a partir del siglo XVI.²⁸ El 20 de diciembre de 1667 se hizo efectiva la entrega al virrey de las llaves de un arca de plata y ámbar que custodiaba el corazón de Alfonso. El arca estaba cubierta de terciopelo oscuro, y cerrada dentro de otra caja de piel. El cadáver de Alfonso V le fue entregado dentro de un cofre de terciopelo negro y forrado de tela de oro, con las armas del virrey y una inscripción en el exterior dedicada al nuevo custodio. No cuesta imaginar cómo un logro tan precoz y tan simbólico como era la recuperación del cuerpo físico del monarca pudo animar toda la obra de gobierno del virrey Pedro Antonio de Aragón.

El qual cuerpo del sobredicho magnánimo Rey Alfonso de Aragón ante el infrascripto notario y juez de autos públicos fue repuesto por manos propias de este Ill Arzobispo de Taranto en presencia de Su Excelencia (Pedro Antonio de Aragón) y de los señores testigos dentro otro cofre más pequeño de terciopelo negro aforradote tela de oro (...) guarnecido con un galón dentro y clavezón dorada y en medio el escudo con las reales armas de Aragón y debajo del escudo esculpida en bronce esta inscripción: El Ex. Señor Don Pedro Antonio de Aragón, virrey y capitán general de Nápoles por orden del Papa Clemente Nono se le entregó el corazón y cadáver del dicho rey que estava en deposito en Santo Domingo Mayor de Nápoles y Su Excelencia le ha trasladado a Santa María la Real de pobrete en execución de su real testamento a 20 de diciembre de 1667 años y el dicho cofre de terciopelo después de entregado el sobredicho Arzobispo entregó las dichas las llaves en manos de Su Excelencia.²⁹

El acto final de entrega del cuerpo del monarca fue firmado ante cuatro notarios el 26 de febrero de 1668. Desde entonces, y hasta el final de su virreinato, Pedro Antonio custodió el cadáver de Alfonso el Magnánimo, coincidiendo con el segundo trienio. El 4 de junio de 1671, Pedro Antonio entregó a su confesor Alfonso de Balmaceda y Osorio los restos de Alfonso V que llegaron a Poblet el 23 de agosto del mismo año de 1671. Pedro Antonio, con el cuerpo, hizo donación al monasterio de un gran paño funerario con las armas de la casa de Cardona y Segorbe, varios candelabros de ébano, un terno de difuntos, muchas alhajas y reliquias.

28. Giovanni Ricci, *Il principe e la morte*, Bologna, 1998, especialmente pp. 87-108.

29. ASNN, Notaio Agostino Ferraro, scheda 408, n° 16, ff. 83r-84r.

Los últimos meses del gobierno de Pedro Antonio hasta abril de 1672 fueron muy difíciles. Ya en julio de 1671, Federico de Toledo, marqués de Villafranca, que había sustituido a Pedro Antonio durante su embajada de obediencia al Papa, tuvo que dejar Nápoles perdiendo la posibilidad de ser su sucesor al frente del virreinato. Pedro Antonio, con inteligencia, hizo coincidir la partida de Federico de Toledo con la marcha de su confesor el obispo de Cassano, con los restos de Alfonso V, para que en la Corte defendiera su causa contra las maniobras difamatorias del lugarteniente y de su círculo. Abandonaron Nápoles el cuerpo de Alfonso junto al de su hermano Pedro y el de su sobrina Beatriz, reina de Hungría (fallecida en Nápoles en 1508). Los cuerpos viajaron a Madrid y de allí al monasterio de Poblet. El ingreso al cenobio catalán fue a mediados de julio de 1672 por la Puerta Dorada, donde se congregó toda la comunidad para recibirle. Los cuerpos de Alfonso, Pedro y Beatriz fueron colocados en un catafalco en la capilla de San Jorge. El 25 de agosto fueron llevados a otra capilla en el muro exterior del monasterio. Balmaceda entregó al abad oficialmente las reliquias reales ante notario. Se celebró una misa solemne y una oración oficiada por Giacomo Reynez, fraile lector de Poblet. Con el tiempo, los restos del monarca fueron enterrados delante del portal principal de la iglesia.

La fabricación de una memoria familiar

Se cerró así el gran proyecto de fabricación de una memoria familiar culminado en la corte napolitana pero que se había empezado a fraguar desde la *Guerra dels Segadors* en 1640. Pedro Antonio de Aragón y los demás hijos del duque de Cardona, fallecido durante la guerra, recibieron numerosos beneficios de la Corona, en agradecimiento a la fidelidad de la familia y también para paliar el estado desastroso en que quedaron sus bienes en el Principado. El ducado de Cardona y sus posesiones catalanas habían quedado empeñados, los gastos de guerra habían superado los dos millones de ducados, el palacio familiar de Castelló d'Empúries había sido completamente destruido por los franceses y los castillos de Arbeca y Cardona eran ya residencias totalmente inhabitables. En 1658, don Luis de Aragón, VII duque de Cardona, se lamentó de los daños que la guerra había ocasionado a sus propiedades, villas y castillos, y sobre todo de la ocupación francesa del monasterio de Poblet:

Y lo más sensible es que los sepulcros de tan esclarecidos Reyes de Aragón, progenitores de Vuestra Majestad y los de los antepasados del duque se hayan visto por tantos años en el Real Convento de nuestra Señora de Poblet de monjes bernardos, sujetos a franceses que en un tiempo dominaron, con notable pérdida y destrucción de aquella real casa.³⁰

Este testimonio prueba cuán humillante llegó a ser para los Cardona que los franceses se adueñaran por un tiempo de todo aquello que les había pertenecido en el Principado, muy especialmente de Poblet, donde estaban enterrados sus antepasados. El mariscal francés Philippe de La Mothe Houdancourt, lugarteniente general de los ejércitos franceses, y más tarde virrey de Cataluña, solicitó al rey de Francia su reconocimiento como nuevo duque de Cardona. Luis XIII le entregó el título en Versalles en octubre de 1642. Durante el tiempo que permaneció en Barcelona, el mariscal ocupó el palacio de los Cardona de la calle Ample, como harían sus sucesores.³¹ Según Gaspar Sala, el mariscal expolió los bienes confiscados a la nobleza felipista: "El señor de La Mothe (...) después de nombrarle duque de Cardona se ha vuelto tan desconocido e interesado que parece castellano; toda su inclinación a vanidades, dándose a mujeres, deleites, cuidar de diamantes, tapicerías y otras riquezas".³² Y en otra ocasión, Sala volvió a afirmar del mariscal: "Ha près l'àliga de pedreria de Nr^a Sr^a de Montserrat pertanyent a la casa de Cardona, y ha pres de dita casa tots los mobles, axò és tapicerías, serveys de plata y pedrerías".³³

Tras la *Guerra dels Segadors* y la ocupación francesa del monasterio de Poblet, la familia había tenido que abandonar el panteón familiar y pensar en adquirir un nuevo mausoleo donde ser enterrados. El 13 de octubre de 1652, con la recuperación de Barcelona por el ejército de Felipe IV, la casa de Aragón y Cardona recobró de repente sus estados y pro-

30. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM), prot. 9859, fol. 396, sin fechar.

31. Varias vistas de grabadores franceses, realizadas desde 1650, muestran cómo los virreyes galos pasaron a ocupar el palacio de los duques de Cardona, que aparece con el nombre de *palais du vice roy*. Por ejemplo, el grabado de G. de Saulieu, N. Perelle y P. Mariette, *Le profil de la ville et cité de Barcelonne*, París, hacia 1650.

32. Carta de Fray Gaspar Sala, publicada en Josep SANABRE, *Acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa, 1640-1659*, Barcelona, 1956, cap. 8, p. 267.

33. *Memorial calumniós presentat a la Reyna y als ministres per lo P. Sala, procurador de Montserrat y Isidoro Pujolar, en nom y part dels senyors consellers y deputats contra lo Mariscal La Mothe*, en SANABRE, *Acción de Francia*.

piudades en el Principado y empezó una labor de restauración del monasterio sin precedentes en la familia. La mayor preocupación de los Cardona pasó a ser la rehabilitación de su panteón familiar.

En 1654 don Pascual pasó a ocupar su plaza de regente de Cataluña en el Consejo de Aragón "con grande consuelo de los ilustrisimos reynos de la corona y en particular de Cataluña que zelebro con publicas demostraciones tener tal rexente nacional de aquel principado".³⁴ Con estas palabras, el cronista y confesor de Pascual de Aragón, Cristóbal Ruiz Franco de Pedrosa, trató de fabricar una memoria colectiva allí donde el recuerdo era inexistente, ya que el *Dietari* de la Generalitat ni recoge la noticia, ni menciona especiales celebraciones en Barcelona. En abril de 1661, de camino a Italia, Pascual cumplió con el deseo de su madre, doña Catalina, de ser sepultada junto su marido en el panteón familiar de Poblet. Pascual repartió entre los monjes un buen número de dobleones y entregó al monasterio el repostero de terciopelo verde con corona real y las armas de Aragón que doña Catalina había legado a Poblet. En 1659, don Luis de Aragón, VII duque de Cardona, había decidido construir allí las dos cámaras sepulcrales de la familia, que hasta entonces había carecido de un lugar de entierro adecuado, en lo que pasó a denominarse la Capilla Real. El duque, a sus 51 años, quiso con ello convertir el lugar en un auténtico panteón de los reyes de Aragón y de la casa de Cardona.

A partir de entonces, y por el tiempo aproximado de diez años, empezó una campaña de *damnatio memoriae* del paso de los franceses por el cenobio, emprendida por los hermanos don Pedro Antonio y don Luis. En 1662 Pedro Antonio de Aragón pudo asistir al traslado general de los sepulcros de su casa a los nuevos panteones de Poblet. Pedro Antonio había emprendido su viaje a Italia, y traía los huesos de su hermano Antonio para darles sepultura en el panteón familiar. En esta ocasión, Pedro Antonio costeó la construcción de la Torre de las Campanas, obra

34 Cristóbal RUIZ FRANCO DE PEDROSA, *Crónica del Eminentísimo señor don Pasqual de Aragón y Córdova, Cardenal de la Santa Yglesia de Roma del título de Santa Balbina, protector de España, Embajador de Roma, virrey de Nápoles, Ynquisidor general, Arzobispo de Toledo, del Consejo de estado de su Majestad*, 1689, libro I. Hemos consultado el ejemplar manuscrito del Archivo del cardenal Pascual de Aragón en el Convento de la Purísima Concepción de las Hermanas Capuchinas de Toledo. Existe otro ejemplar en la Real Biblioteca de Palacio de Madrid, con la signatura II/1088.

que iba a ser terminada en 1668, cuando aún se encontraba en Nápoles, y de la que sin embargo no conservamos nada, salvo la fábrica de cantería. Los Cardona impulsaron también el embellecimiento del templo, con un nuevo pavimento que cubría todo el altar mayor, el presbiterio y hasta el coro. En la capilla real, encargaron unas puertas de bronce para las cámaras sepulcrales al pintor barcelonés Isidro Ballester. Se lograron acondicionar los cadáveres de los monarcas, antepasados suyos, en cajas de madera nuevamente construidas y pintadas por José Juncosa.³⁵ El día del traslado solemne, estas treinta urnas se dispusieron en la Capilla Real, rodeando el túmulo sobre el cual se colocó el ataúd con los huesos del cardenal Antonio de Aragón. De las dos cámaras sólo queda hoy la del lado de la Epístola.

Pedro Antonio de Aragón, antes de pasar a Italia, había entregado a Poblet las 41 imágenes de santos que tenía en su oratorio de Madrid con el fin de crear un retablo relicario. Paralelamente había encargado al barcelonés Bartolomé Dents la realización de unas valiosas rejas de hierro y bronce para las hornacinas que contendrían las reliquias. Sólo tras su llegada a Italia Pedro Antonio ordenaría la donación de las reliquias. Así, para la primera entrega, en junio de 1668, contrató con los escultores Joan y Francesc Grau de Manresa dos retablos para albergar las 36 cajas de reliquias que debían ser colocadas en los dos arcos colaterales al retablo mayor.³⁶ Después de su virreinato napolitano, a su regreso a España, Pedro Antonio encargó a los escultores Grau la realización de unas tumbas para los cuerpos de Alfonso y Enrique, el primer duque de Segorbe, en un último homenaje a ambos.³⁷ La traslación definitiva del

35. Pasó quince días en Poblet, pintando "los rètols de las caxas que feren novias ahont se trasladaran los cadàvers dels senyors rey don Martín y altres antecessors de sa excel.lència, y fer una corona a cada una de ditas caxas, y los remates que són trenta y quatre": César MARTINELL, *La Casa de Cardona y sus obras en Poblet*, Barcelona, 1949, p. 9.

36. Al hallarse en Nápoles, su hermano el duque don Luis contrató la obra en su nombre. Conocemos la finalización de la obra de los relicarios "y los colgants de dit altar major que sa excel.lència manà fabricar" por una carta de pago de 16 de junio de 1670 y otra del 18 de julio de 1671 a Joan Grau. El contrato de la obra de los relicarios: Arxiu Històric de Protocols de Barcelona (AHPB), Fracisco Dagui, leg. 4, (1667-1668), f. 140: MARTINELL, *La Casa de Cardona*, pp. 42-43.

37. Ricardo del Arco, "Restos artísticos e inscripciones sepulcrales del monasterio de Poblet", *Revista de la Asociación Artis* (octubre-diciembre 1897), pp. 345-351.

cuerpo de Alfonso el Magnánimo se celebró en 17 de julio de 1673, y los despojos se encerraron en un sepulcro al lado del de Enrique.

Pedro Antonio de Aragón recibió muchos estímulos para la reflexión histórica, menos tangibles que los conflictos internacionales pero más profundos, más interiores. El recuerdo de un pasado traumático, tras la guerra catalana de 1640, motivó su apelación al pasado, con el fin de construir una memoria personal y colectiva que alejara recuerdos dolorosos. Los estímulos políticos derivados de conflictos inmediatos como el proceso de investidura de Carlos II como rey de Nápoles, o la invasión francesa del Brabante, así como motivaciones más personales desencadenaron una importante meditación sobre la historia. El conflicto, una vez más, contribuía al avance de la narración histórica.